

25ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 20,1-16.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

E1 Reino de los Cielos se parece a un propietario que al amanecer salió a contratar jornaleros para su viña. Después de ajustarse con ellos en un denario por jornada, los mandó a la viña.

Salió otra vez a media mañana, vio a otros que estaban en la plaza sin trabajo, y les dijo:

-Id también vosotros a mi viña, y os pagaré lo debido.

Ellos fueron.

Salió de nuevo hacia mediodía y a media tarde, e hizo lo mismo.

Salió al caer la tarde y encontró a otros, parados, y les dijo:

-¿Cómo es que estáis aquí el día entero sin trabajar?

Le respondieron:

-Nadie nos ha contratado.

El les dijo:

-Id también vosotros a mi viña.

Cuando oscureció, el dueño dijo al capataz:

-Llama a los jornaleros y págalos el jornal, empezando por los últimos y acabando por los primeros.

Vinieron los del atardecer y recibieron un denario cada uno.

Cuando llegaron los primeros, pensaban que recibirían más, pero ellos también recibieron un denario cada uno. Entonces se pusieron a protestar contra el amo:

-Estos últimos han trabajado sólo una hora y los has tratado igual que a nosotros, que hemos aguantado el peso del día y el bochorno.

El replicó a uno de ellos:

-Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No nos ajustamos en un denario? Toma lo tuyo y vete. Quiero darle a este último igual que a ti. ¿Es que no tengo libertad para hacer lo que quiera en mis asuntos? ¿O vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?

Así, los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.

¡VETE, TU TAMBIÉN, A MI VIÑA!

En el Evangelio de hoy nos encontramos con la **«parábola de los jornaleros»**, una parábola con la que Jesús trata de mostrarnos dos aspectos del Reino de Dios. El primero, que **«Dios quiere llamarnos a todos a trabajar para su Reino»** y el segundo, que al final **«Dios quiere darnos a todos la misma recompensa»**, es decir, **«la salvación, la vida verdadera»**.

El dueño de una viña, que representa a Dios, sale de madrugada y contrata a un grupo de trabajadores, acordando con ellos un salario de **«un denario por toda la jornada»**; era **«un salario justo»**. Luego, sale también en las horas siguientes, hasta el atardecer, en total cinco veces, para recoger a otros trabajadores a los que ve desocupados. Al terminar la jornada, el dueño ordena al capataz que dé **«un denario a todos»**, también a los que habían trabajado menos y, además, **«empezando por los últimos»**. No tiene nada que ocultar.

El dueño, sin embargo, ante las protestas de los que habían trabajado más, les recuerda que **«han recibido lo pactado»**. Si luego, Él quiere ser generoso con los que habían trabajado menos, ellos no tienen nada que decir, **«no tienen que ser envidiosos»**.

En realidad, esta hipotética injusticia del dueño sirve para provocar en el que escucha la parábola un diálogo que facilite la comprensión de su mensaje. Jesús no pretende hablar del problema del trabajo, ni del salario justo, Jesús lo que quiere es **«hablar del Reino de Dios»**.

Lo que quiere decirnos es que en el Reino de Dios no hay parados, que **«todos estamos llamados»** a hacer nuestra parte de trabajo y que, al final, **«todos tendremos la misma retribución»**. Una retribución que proviene de la justicia divina, ¡no de la humana, por suerte para nosotros! Y una retribución que no es, nada más ni nada menos, que nuestra propia **«salvación, «ser conocedores de la verdadera vida»**.

Es la salvación que Jesucristo nos ha mostrado con su vida, muerte y resurrección, es la salvación que nos revela el verdadero rostro de Dios, su gran amor, y cómo debemos responder a su don de amor total. La salvación no es, pues, merecida, sino donada, **«la salvación es gratuita»**, todos recibimos lo mismo. No hay en ella ni primeros ni últimos, al margen del orden en que recibamos la retribución.

Con esta parábola Jesús quiere abrir nuestros corazones a **«la lógica del amor del Padre»**, que es gratuito y generoso. Se trata de dejarse asombrar por los **«planes y caminos de Dios»** que, como recuerda el profeta Isaías, no son nuestros planes ni son nuestros caminos.

Los planes humanos están marcados generalmente por **«egoísmos y conveniencias personales»** y nuestros estrechos y tortuosos senderos no son comparables a los amplios y rectos caminos del Señor. **«Él usa de la misericordia» «Él perdona generosamente» «Él está lleno de bondad»**, una bondad que derrama sobre cada uno de nosotros para que su amor y su gracia traigan a nuestros corazones **«la plenitud y la alegría»**.

Jesús quiere **«hacernos contemplar»** la mirada de ese dueño de la viña, **«la mirada de Dios»**, la mirada con la que nos observa a cada uno de nosotros y nos llama para que vayamos a trabajar a su viña. Es una mirada llena de atención, de benevolencia. Es **«una mirada que llama, que nos invita a levantarnos y a ponernos en camino»**. Él quiere la vida para cada uno de nosotros, **«quiere una vida plena, comprometida, a salvo del vacío y de la inercia»**.

«Dios nos llama a todos y a todas horas». Dios no excluye a nadie, quiere que cada uno de

nosotros alcance su plenitud. Él es el único propietario de la viña y es también **«el único»** que sabe y puede valorar nuestro trabajo, el único capaz de saber por qué unos han empezado a primera hora y otros más tarde.

Éste es el gran amor de nuestro Padre Dios. Como diría San Francisco de Asís **«la voluntad de amar que no se retira jamás»**.

A nosotros no nos toca juzgar el trabajo de los demás, nos toca

«sentirnos felices por haber sido llamados» a trabajar en la viña, a trabajar para construir en la medida de lo posible la justicia, la libertad, el amor, la paz... **«para todos»**. Hacer todo lo que podamos, pero **«sin preocuparnos por la paga»**. No trabajamos por obligación, sino por amor. Lo que se quiere de verdad no se hace por obligación. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

20 de septiembre de 2020

